

La Novela Film

Núm. 20

30 cts.



El Fantasma de la Opera

por LOY CHASEY, Mary Philbin, Norman Kerry, etc



JULIAN, *Ruiz*

LA NOVELA FILM

Redacción } Cortes, 651
Administración } BARCELONA

Año III

N.º 90

EL FANTASMA DE LA OPERA

Magnífica película, interpretada por

LON CHANEY, MARY PHILBIN,
NORMAN KERRY y GIBSON
GOWLAND

THE PHANTOM OF THE OPERA (1925)

GRANDIOSA SUPER-JOYA "UNIVERSAL"

EXCLUSIVA DE

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233

BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

GASTÓN LEBOUX, el famoso novelista francés que, a semejanza del escritor norteamericano Edgar Allan Poe, combina en sus novelas lo fantástico con lo real, ha tejido alrededor del edificio de la Gran Ópera de París, una historia terrible donde el amor, el odio y los celos se revuelven impetuosos en un misterioso y trágico ambiente.

Bajo el famoso edificio de la Gran Ópera de París, se extienden laberínticos subterráneos, que en tiempo de intolerancia y opresión fueron cárceles, salas de suplicios, horribles calabozos donde todavía algunos restos humanos hablan de la crueldad de aquella época.

¿Mas quién recuerda la existencia de semejantes sótanos, cuando en el Gran Teatro se presenta una ópera?

I

Comienza este prodigio del arte mudo en una noche de gala en que se ponía en escena, en el primer teatro de Francia, la ópera *Fausto*.

Por la escalera central, grandiosamente artística, amplia, sinuosa, desfilaban en abigarrado núcleo las figuras precolombinas de París, de ese París llamado con razón el corazón de Europa.

Entre los dilettanti se contaban Felipe Augusto de Brienne, conde de Chagay, legítimo representante de la antigua aristocracia francesa; y su hermano menor, el vizconde Raúl de Chagay, cuyo temperamento romántico le hacía tener un alto concepto del amor, y que, enamorado profundamente de Cristina Daé, segunda tiple del teatro, ardía en deseos de que diere pronto principio el espectáculo.

La magnífica platea ofrecía un aspecto deslumbrador. La belleza, la gracia, la galantería, la fortuna, entonaban un himno a todas las pasiones.

Al fin, descubriose la cortina, y en la escena revivió entre notas inspiradas, la leyenda. Los ojos del Vizconde se recreaban en la contemplación de la gentil Cristina, mujer todo encanto, diosa de su vida, compendio de sus fogosas ilusiones juveniles. La voz de la amada se filtraba en su alma con cánticos de gloria, de promesas de felicidad imperecedera.

El público escuchaba con agrado a la linda artista que de su modesto empleo de corista se había elevado rápidamente al puesto de segunda tiple, gracias a la influencia de un maestro misterioso y desconocido para ella.

Después de la representación de aquella gran noche el Vizconde visitó a su prometida en su camarín, y, satisfecho por el anhelo de llevarla su esposa, la apremió dulcemente a que se decidiera a la realización del bello ideal.

—Cristina, ¿a qué seguir esperando? ¿No tienes ya bastantes pruebas de mi inmenso cariño para abandonarte para siempre en mis amantes brazos? Comprende que esta situación es un tormento para

mí... Tengo celos de todo y de todos, mí bien.

Cristina amaba también a Raúl, pero algo misterioso le vedaba el decidirse firmemente a dar cima a sus dorados proyectos; e instada a dar su opinión, repuso a su novio:

—Esperemos, Raúl... Tú ignoras ciertas cosas inherentes a mi vocación... Un poder extraño me impulsa a seguir mi carrera, en cuyo sendero vi lumbreros días de emocionantes triunfos. ¡Oh, sí, Raúl, yo he de llegar a ser una artista de renombre!

Había tal convicción en las palabras de Cristina, que Raúl, un tanto descorazonado—por legítimo egotismo—ante la evidencia de que el amor al arte imperaba en el corazón de la tiple sobre todos los amores, estrechó sus suaves manos, mirándola tristemente a los ojos, chispeando en los suyos la súplica de piedad para su alma cautiva de su adorable sencillez.

Pero Cristina sentía, en medio de su turbación provocada por el contacto del amado, que su espíritu no estaba allí, sino lejos... en recóndito lugar...

II

Sin causa justificada, cuando el negocio era más próspero y la temporada más brillante, los directores del Gran Teatro dimisionaron en veinticuatro horas. Estos y los nuevos directores celebraron una entrevista particular, para la ejecución de las formalidades requeridas por el traspaso del activo y pasivo del asunto, y uno de los gerentes salientes dijo a los sucesores:

—Es probable que llegue a sus oídos la existencia de un duende, a quien han dado por llamar El Fantasma de la Ópera.

—¿Un duende en la Ópera? ¿Qué tontería!

—Allá ustedes con sus ideas, señores míos...; pero la acomodadora del palco número cinco, no comparte las bromas de nadie cuando le nombran al Fantasma.

—¡Bah! ¡Bah! Esas son cosas del otro jueves.

—A nosotros nos pareció conveniente poner a ustedes en autos de cuanto acontece en el teatro en el terreno del arte... y fuera de él.

Los nuevos directores no dieron el menor crédito a aquella noticia, contrastando su incredulidad con

el alivio que experimentaban los antecesores al cesar en el negocio...

Siguieron dándose normalmente las funciones previstas para la temporada. Los golpes secos de los tramoyistas y el destirre de las bailarinas, dejando una procesión de sombras, daban un aspecto siniestro y lúgubre a los focos del teatro, propios a embujamientos y apartelones.

Una noche, cuando las coristas, finalizado el ballet de la ópera *Fausto*, se disponían a regresar a sus camarines, situados en uno de los



vieron, con indecible espanto, como una sombra de hombre emboscado se deslizaba por el fondo de una cabina de monstruo...

focos, vieron, con indecible espanto, como una sombra de hombre emboscado se deslizaba por el fondo de una cabina de monstruo de yeso, que imponía terror con sus enormes fauces abiertas. Oyóse un grito desgarrador. Lo vieron todas las coreógrafas a un mismo tiempo, pero pareció salir de una sola garganta. Por un momento el miedo atenazó sus ágiles piernas en el suelo, mas tan pronto se repusieron del susto, huyeron, como llevadas por un huracán, hacia el foso inmediato superior, es el que encontraron a Florencio Pepillion, un trame-

yista que llevaba treinta años montando obras.

—¡Oh, Pepillion! ¡Oh! ¡Oh!

Se acercaron cuanto pudieron, apretándose unas contra otras, para infundirse ánimo con el calor de la unión.

—¿Qué... qué sucede?—volvió a preguntar, entre-cortándose, el tramoyista.

—¡Cust nada!

—¡Horrorizate!

—¡Ay, qué miedo!

—¡¡Hemos visto al Fantasma!!

—¡¡Eh!!!... ¡Al Fan... tas... ma...?

—Yo te contaré—dijo una de ellas.

—Yo, yo, Pepillion, que lo he visto mejor.

—La primera en ver la misteriosa sombra, fui yo. Entretanto, en la Dirección, Carlota, primera tiple de la Ópera, cuyo nombre era una institución en los carteles de todas las temporadas, mostraba, indignada, una carta a los gerentes.

—Acabo de recibir este anónimo.

Los directores se apoderaron del papel y leyeron lo siguiente:

Señorita Carlota:

Cristina Doz cantará la parte de Margarita de la ópera Fausto, el próximo miércoles, por primera vez. Cualquier intento suicida por su parte para impedirlo, sería desastroso para usted.

El Fantasma.

Los directores cambiaron una mirada de preocupación entre sí, al tiempo que Carlota, infatuada por el favor de los públicos, protestaba de lo que ella suponía una intriga del peor gusto.

—Esto es un ardid para postergarme, y la carta obra de ustedes.

—Señorita...

—La cosa está muy clara... Es inútil que se disculpen ustedes... Ya sé lo que me corresponde hacer... ¡Buenas noches!

Los nuevos directores recordaron con precisión las palabras de sus antecesores acerca del Fantasma, y si bien prestaron un poco más de atención que de ordinario a tan extraño caso, insistieron en creer que no se trataba más que de una broma de mal gusto.

Las coristas seguían refiriendo a Pepillion lo que acababan de ver en el foso de abajo.

—Yo le vi un instante. Es una sombra negra que se desliza por la pared.

—Y no tiene nariz.

—Sí que la tiene, y es enorme.

En aquel momento se oyeron pasos en la escalera que conducía al foso donde se encontraban las bailarinas y el tramoyista. Se hicieron todos a un lado y miraron hacia la serie de peldaños. Sus miradas se cruzaron con las de un hombre de aspecto poco tranquilizador, alto, vestido de frac, una capa sobre sus hombros y un gorro en la cabeza. Le llamaban el Persa. Se le veía a menudo por los fosos.



Sus miradas se cruzaron con las de un hombre de aspecto poco tranquilizador.

y su apartición, que empezó con los primeros rumores de la existencia del Fantasma, era rentada en todas las dependencias.

Al desaparecer el Persa, aquella noche, una de las coristas dijo a Pepillon, dirigiéndose también a sus compañeras:

—Ese hombre salió de los fosos momentos después de aparecer el Fantasma... ¿Será posible que él...?

En otro de los cinco fosos se encontraba José

Baquet, hermano de Simón, el maquinista, entreteniéndose en arrojarse una cabeza de cartón muy barbuda. Todos sabían que José sabía mucho acerca de las apariciones del Fantasma, y Pepillon y las coristas fueron a reunirse con él para que les revelara cuanto supiese.

El aludido, dispuesto a complacer a sus compañeros, reconcentróse en sí mismo, y con grave entonación pronunció:

—Sus ojos son cavidades enormes, semejantes a los ojos vueltos de las calaveras. Su nariz es tan poca cosa que resulta invisible de perfil, y la ausencia de esa nariz es algo horrible de ver. Su cuello es como pergamino, piel amarillenta, que deja al relieve unos huesos protuberantes. No tiene casi pelo. Tres o cuatro mechones oscuros en la frente y detrás de las orejas, a lo sumo...

Pepillon, antejándosele que de un momento a otro el Fantasma se les iba a echar encima, osó decirle a José para que diese por terminada su relación:

—Ten cuidado, amigo Baquet... Los espíritus suelen vengarse de quien habla mucho de ellos.

—No le temo al Fantasma. Venid y os enseñaré donde lo vi, acurrucaos entre unas decoraciones del tercer foso, ahuyentándole con mi presencia.

Obedecieron las muchachas y el viejo tramoyista, que no las tenía todas consigo, mientras en el camarín de Cristina ocurría algo digno de saberse.

Al otro lado de la pared, una voz, aparentemente dulce, sonora, la voz que tantas veces indujo a Cristina a cantar, hablaba llena de atrayente melodia...

—En la noche del miércoles—decía—, por indisposición, la primera tiple no podrá cantar la parte de Margarita en la ópera *Fausto*. Tú ocuparás su puesto.

Cristina juntó sus manos, admirada de tan grata noticia.

—En ti derroché todo el poder de mi sublime arte—prosiguió la voz—. Triunfarás, y al otro día París entero ensalzará tu nombre.

¡Oh! La visión del triunfo transportaba a las más altas esferas de la dicha, en alas invisibles, a Cristina, por cuya mente pasó también el recuerdo de Raúl...

Pero...

—Debo advertirte que para el triunfo—añadió la voz—, ha de quedar tu imaginación libre para mí. Descarta de ella toda idea mundana; piensa sólo en tu maestro, en tu arte divino.

De pronto, la voz se apagó al tiempo que José Bugnet, asustando horribilmente a los que lo acompañaban, decía, señalando hacia la pared que limitaba el camarín de Cristina:

—¡Lo he visto otra vez!... ¡Ahí!... ¡Ahí!

Y Pepillín, más muerto que vivo, elevaba, temblando como hoja amarilla desprendida del árbol y juguete del viento, una plegaria a San Bartolomé.

Mientras que, por su parte, Cristina, sugestionada por los raros matices de la voz que penetraba en su ser, prometía, con la fe de un convencido, seguir sus consejos...

III

Al día siguiente, en un frondoso jardín cercano al Teatro de la Ópera, Cristina aspiraba el suave perfume de las flores, descansando de un paseo en un banco de piedra de blanco mármol.

Raúl tuvo la suerte de verla, y acercóse a ella apresuradamente.

—¡Cristina! ¡Qué alegría encontrarte aquí, en esta hermosa mañana, propicia a las más hermosas idilios. He estado pensando toda la noche en la vacilación que vi en ti ayer y que tú no me disimulaste. Háblame con franqueza, Cristina... ¿Por qué no nos casamos en seguida?

Cristina, impulsada por el amor que sentía por Raúl, iba a olvidar la promesa contrainda con su misterioso protector artístico, mas al brotar, de súbito, su recuerdo, renunció a la realidad humana para entregarse enteramente a la quimera halagadora que la habría de llevar al pináculo de la gloria.

—Déjame, Raúl... no quiero que me beses más... Es necesario olvidar... matar nuestras ilusiones...

—¿Por qué, Cristina?... ¿Por qué?

—Mi maestro me obliga a dedicar mi vida al arte!

—¿Tu maestro?... ¿Quién es el misterioso hombre que de tal manera te impone su voluntad?

El odio hacia su desconocido rival asomaba en los ojos del Vizconde; pero le desarmó la actitud serena de Cristina, que le habló de esta insolita manera:

—¿No recuerdas, cuando éramos niños, haber oído hablar a mi padre del Ángel de la Música? ¡No ignoras cuánto he rogado a Dios para que me concediera el don del canto! Mi padre, desde el cielo, debe haber intervenido por mí, y a sus ruegos descendió, para iluminarme, ese Ángel. Nunca lo vi, pero su voz ha ido enseñándome el secreto de las notas, y a su inspiración debo la mía... ¡He de obedecerle!

Raúl había escuchado, altamente sorprendido, a Cristina, y cuando ésta suspiró al terminar su revelación, le preguntó escépticamente:

—¿Y no será alguien que se está burlando sin recato de ti?

—¡Oh, Raúl! No te puedo tolerar que me hables así de mi maestro.

—Pero, Cristina...

Fue inútil que insistiese en seguir hablando con ella, y se separaron disgustados uno y otro.

Llegó el miércoles, día en que se repenía en la Ópera el *Fuente*. La primera tiple, según anunciara la voz misteriosa a Cristina, estaba indispuesta, y la segunda tiple cantó la parte de Margarita.

El debut como "astro" de la modesta cantante despertó la curiosidad de los entendidos, y fue coronado del más hermoso éxito. Entre basilidores, vendiendo las inevitables insidias, no se comentaba otra cosa que el triunfo de la nueva protagonista de la obra de Gounod y las apariciones del Fantasma.

En la platesa, el conde de Charny, que quería paternamente a su hermano, preguntó a Raúl al verle risueño ante el triunfo de Cristina:

—¿Es verdad que tu joven cantante te ha dejado?

—¿Quién te ha contado eso?

—Alguien soltó la nueva como una nota de actualidad de más allá de las candilejas.

—Todos son envidiosos, hermano. No hagas caso de lo que digan. Cristina tiene una obsesión que alguien con mala fe trata de explotar.

—Tú sabrás lo que haces. Mi consejo es que vayas con cautela...

—Cristina es una muchacha muy digna... distinta de la mayoría. Su sencillez es encantadora...

En el vasto escenario y por todas las dependencias corría de boca en boca que el Fantasma debía interesarse mucho por la función, pues había dado señales de presencia en varias sillas. Las cortinas iban de un lado a otro por grupos; ninguna se aventuraba a ir sola, tal era su temor a tropezar con la escalofriante aparición.

Los directores, en su visita de inspección por los palcos y la platea, concurrísimos unas y otra, se detuvieron ante el proscenio número cinco, y preguntaron a la acomodadora, una mujer de mediana edad y aspecto dulce:

—¿Quién ocupa este palco?

—No lo sé. Digan que es propiedad de ese dueño... del Fantasma.

—¿Otra vez con el espíritu ese?—dijo uno de los directores a su compañero.

—¿Qué Fantasma es este de que todo el mundo habla como si en realidad existiera?—Inquirió el otro director, dirigiéndose a la acomodadora, con cierta preocupación.

—El palco, desde hace tiempo, está a nombre de un extranjero que presenta su carnet y nunca habla.

—¿Cómo?... ¿Cómo?... A ver; explíquese...

—Poco puedo decir... Nunca he visto su cara, y su voz la oí una sola vez.

—Este asunto del Fantasma debemos esclarecerlo. Si se trata de un guasón que nos quiere tumbar el pelo a todos, nuestro deber es desenmascarlo. Vamos a entrar en el palco y obligaremos a su ocupante a acreditar quién es, como le parece, amigo mío?—dijo, entonces, el director más dotado, al parecer, de energía, a su socio.

—Soy de su misma opinión—repuso éste.

La acomodadora no pudo menos de reprimir un gesto de intranquilidad; pero los directores, decididos, abrieron la puerta del proscenio número cinco y entraron resueltamente.

A juzgar por su actitud no se daban ni poco ni mucho al Fantasma... Sin embargo, al llegar al antepalco y pretender poner pie en el palco, se de-

tuvieron llenos de sorpresa, giraron sobre sus talones y regresaron atropelladamente al pasillo.

—¿Qué es lo que habían visto en el palco, que les obligara a huir cobardemente?

—¿Habían visto al Fantasma?

—Estaba allí, pues, el verdadero Fantasma?

Fantasma o no, el caso indiscutible era que, sentado en un sillón, en el centro del palco, había un hombre vestido de etiqueta. No vieron su rostro; sólo la cabeza y una parte de los hombros. Estaba tan oscuro el interior...

La acomodadora se acercó a preguntar a los directores lo que ocurría, mas éstos, censurándose su apocamiento, atribuyéndolo a la sugestión provocada por la constante alusión al Fantasma que se hacía en el escenario, revistieronse de valor y entraron de nuevo en el palco número cinco... pero esta vez no encontraron a nadie en el sillón ocupado antes...

—¿Qué significaba aquella desaparición?...

—Ah, ya! Sus ojos no habían visto nada; eran los ojos de los demás los que ejercían influencia en los suyos.

—Era eso cierto?

—No! El Fantasma estaba, la primera vez que entraron, sentado en el sillón! Desapareció antes de que volviessen a molestarle con su presencia.

En la escena, Cristina seguía conquistándose las simpatías del numeroso y selecto público, y su triunfo culminó en el famoso terceto del último acto de la vibrante obra. Sembraba envuelta en la inspiración de algún genio divino, anheloso de que su prestigiosa escalara la gloria.

Y al impetuoso desbordamiento de su triunfo o bien al sobrehumano esfuerzo de su inspiración, el alma blanca de Cristina se desplomó inerte entre millos de manos.

El público seguía aplaudiendo frenéticamente a la inimitable Margarita, y Raúl, alarmado por el desmayo de Cristina, acudió presuroso a auxiliarla con el aliento de su cariño.

Cristina ya había sido conducida a su camarín, y en él se hallaban la dueña de la cantante y el doctor del Gran Teatro. Los administradores, compañeros y los mismos empresarios fueron invitados a retirarse. Raúl se quedó en el coqueto cuarto

de artista de Cristina, usando del derecho que le confería el amor, y la ayudó a volver en sí.

—¿Quién es usted?—preguntó ella al despertar súbitamente.

—Soy tu Raúl. Mirame, Cristina.

La pregunta de Cristina había obedecido al hecho de haber oído, detrás de la pared, la voz conocida, al mismo tiempo que Raúl acariciaba sus manos. ¿Tenía a su lado al maestro?

—Mirame, Cristina—repitió Raúl.

Ella intentó complacerle, mas no pudo. La otra voz que oyerá era más poderosa que el amor. Debía escucharla.

El médico estuvo observando la extraña actitud de Cristina, y consideró que lo mejor sería evitar el más íntimo consorcio a la agitada artista, suprimiendo la presencia de Raúl en el camarín, a fin de que ella no pudiese hablar con nadie. A tal efecto, hizo comprender al Vizconde que Cristina se hallaba en un estado de fuerte excitación, y logró que Raúl se separase de su amada, aunque muy afligido.

A poco se marcharon también el doctor y la doncella, y tal que si la pared del fondo del camarín fuera transparente para que el que se hallaba detrás de la misma pudiera ver lo que ocurría en el interior del cuarto, oyóse, apenas quedó sola Cristina, la misma voz de siempre.

Raúl no se había distanciado mucho del camarín del objeto de sus ansias; y se disponía a volver a entrar en el cuando la doncella acababa de desaparecer en el fondo del pasillo. Lo habría hecho, para velar el sueño de Cristina, si acaso dormía, o confortarla con su muda adoración, en caso contrario, si algo no se lo hubiese impedido.

En efecto, cuando Raúl iba a empujar delante de sí la puerta del camarín, oyó dentro la voz fuerte de un hombre, motivada al mismo tiempo de súplica y mandato.

—¿Cómo había entrado en el cuarto de la artista ese hombre?

Aplicó el oído atentamente, para que no escapara a su percepción ni una sola palabra.

—Cristina, esta noche he postrado el mundo a tus pies—dijo la voz.

Y Cristina, llena de agradecimiento por su misterioso protector, musitó:

—Maestro..., ¿cómo podrá pagarme?

Raúl se apoyó en la pared. Sufrió horriblemente. Su corazón palpitaba exageradamente. Quiso huir de allí, mas no pudo. Era indigna de un Chagny aquella posición. ¡Escuchar detrás de una puerta! Pero le parecía tan imposible que Cristina estuviese en su cuarto, sola con otro hombre destinado para él, como que lo que él estaba haciendo era censurable. Y siguió escuchando la voz del rival, que le decía a Cristina:

—Debes de estar muy cansada.

—Oh! Esta noche he dado a usted mi alma, y estoy muerta.

—Tu alma es muy hermosa, hija mía—añadió la voz—, y te doy las gracias. No hay Emperador que haya recibido tal regalo. *Los ángeles han llorado esta noche.*

—¿Qué contenta estoy, maestro! ¿Y cómo he de corresponder yo a lo que usted hace por mí? Dígame... Quisiera demostrarle mi inmensa gratitud.

Al través del muro oyóse un suspiro de satisfacción, al que siguió la voz, esta vez altanera, triunfal:

—Muy pronto mi espíritu tomará forma humana y se presentará a ti para reclamar tu amor.

Cristina palideció y no se oyó más.

Al poco rato, la tiple salió de su camarín, y Raúl, que se escondiera, para no ser descubierto, en el pasillo, se introdujo en el cuarto de la artista, dispuesto a encontrar en él al hombre que estuvo hablando con su amada y al que no había visto salir.

El cuarto estaba a oscuras. Encendió la luz. Espada en mano, no dejó rincón ni mueble sin inspeccionar. Pero nada le dio un indicio de la estancia de aquel hombre en el camarín. ¿Por dónde habría salido... desde dónde hablaba con Cristina?

Y a los ojos de Raúl añadióse el despecho por no haber podido medir la punta de su espada con su enemigo.

IV

Desde la toma de posesión de sus cargos, los nuevos directores no oían otra cosa que las explicaciones de las rápidas visitas del Fantasma en los fosos o en los telares.

Y he aquí que, además de lo que se contaba, y que ellos ponían en cuenta, más por espíritu de rebeldía a la superstición del vulgo que por convicción personal, Carlota se presentó, por segunda vez, en el despacho de la Dirección, con otra carta del Fantasma.

Los directores, sorprendidos ante la alienación de la primera tiple, cogieron el escrito y lo leyeron. Decía así:

Señorita Carlota:

No vuelva usted a pedir su puesto en la Ópera. Está indisponible para mañana noche y será el único medio de evitar algo grave.

El Fantasma.

—Esta broma ya va resultando cargante e insostenible—se dijeron los directores en sus rápidas miradas.

Carlota, indignada, arremetió contra ellos, creyéndolos complicados en el nuevo anónimo.

—Ustedes y los admiradores de Cristina. ¡Dad están conspirando contra mí!

—Nosotros no tenemos nada que ver en este asunto... y nos interesa tanto como a usted poner en claro quién manda estos anónimos.

Sea quien sea, yo advierto a ustedes que mañana por la noche canto ya, según estipula mi contrato.

Aunque los directores estuvieran dispuestos a combatir al Fantasma, la noticia de que Carlota se arriesgaría a cantar a pesar de la advertencia del misterioso personaje, les intimidó, aunque no quisieran ponerlo de manifiesto. Pero su sonrisa de forzada indiferencia trocóse pronto en estupor al encontrar encima de su mesa despacho, apenas volvieron la cabeza al despedir a la primera tiple, un sobre dirigido a nombre de ellos.

—¿Quién ha traído esta carta?—se preguntaron en el mudo y expresivo lenguaje del asombro.

Nerviosamente, uno de los directores rasgó el envoltorio del escrito, y leyó, uniéndose el compañero a la lectura:

Mis queridos directores:

Esijo que mañana noche Cristina Dad cante la parte de Margarita en la ópera Fausto.

El Fantasma.

Nota: Si se atreve a cumplir esta orden, mi maldición caerá sobre el teatro.

—¿Pero quién ha traído esto aquí?—gritó el que aparentaba tener más energía.

No se sabía. Nadie había visto que se abría una puertecita del fondo y una mano asomaba por ella tendiendo un sobre hasta depositarlo en el centro de la mesa despacho, inmediata a dicha puerta.

—¡Esto no se puede tolerar! Ese hombre maldito se complace en asustarnos para salirse con sus proyectos. ¡Pues no será! ¡Vive Dios, que ya estoy harto del Fantasma!

El Pansa se presentó aquel mismo día ante el Prefecto de policía Faure, a quien dijo con suma gravedad, después de esotarle del anónimo recibido por la cantante Carlota, prohibiéndole cantar al día siguiente:

—Estoy seguro de que si Carlota canta mañana, tendremos que lamentar alguna desgracia.

—¿Qué le induce a atribuir tal poder a ese Fantasma? ¿Quién es usted?...

—Por ahora, creo lo más prudente ocultar mi verdadera personalidad—respondió el Pansa.

Respeto su deseo, y agradezco su comunicación. La policía sabrá estar en su sitio...

V

A la noche siguiente, Carlota, desafiando todas las advertencias e instigada por su amor propio de artista, cantaba la ópera Fausto.

La función transcurría como de costumbre.

Los directores, para demostrar que se burlaban de misteriosos anónimos, se decidieron a presenciar el espectáculo desde el palco número cinco. Sin embargo, tomaron sus precauciones al entrar en él, y de vez en cuando se volvían a mirar si el continuje del antepalco se movía... No es que tuvieran miedo...

—Hasta ahora no veo nada anormal—dijo uno de los directores al otro.

—Ni yo tampoco.

Y se felicitaban de su triunfo, conseguido sobre el Fantasma opoténdose a creer en su fuerza.

Entre bastidores, Cristina, en su antiguo papel de segunda tiple, esperaba el momento de salir a escena.

Raúl, impaciente por ver—aquella noche—a Cristina, le hizo entregar su tarjeta, para que ella se dignase recibirla antes de trabajar, pero por toda respuesta recibió, escrita en el dorso de su propia tarjeta, esta nota:

No puedo de momento darte más explicaciones, pero es necesario que me vuelvas a verme.

Cristina.

Un poco después, el temor se reflejó en el rostro de los espectadores de todo el teatro, al observar, casi a una, que la monumental araña del techo se temblaba. ¡Si llegara a caer, causaría innumerales desgracias! ¿Qué causa motivaba el movimiento de la lámpara? ¿Qué fenómeno hacía mover doscientos mil kilos de cristales?

En aquel momento de incertidumbre, de alarma, una voz, potente y siniestra, cuyo sonido saltó por encima de cantantes y orquesta, presagió algo terrible.

—Por cantar Carlota esta noche, la grandiosa lámpara del techo se derrumbará sobre los espectadores.

Los directores se arrepintieron *ipso facto* de haber desobedecido al Fantasma, pues contemplaron con horror como la multitud que ocupaba las butacas huyó locamente hacia la escalera central que momentos antes pisara con el desdén voluptuoso de la exhibición.

¡La araña acababa de caer estrepitosamente sobre varias filas de sillones, encima de algunos espectadores que no tuvieron tiempo de ponerse en salvo!

—¡Qué desastre! ¡Qué desastre tan grande!—exclamaron los directores con desespero.

Raúl se precipitó al camarín de Cristina, encontrando a su paso al Persa. Los dos hombres, como si fueran enemigos, o lo presintieran, se miraron rijamente unas instantes, recelosos; pero el Visconde, temiendo que a Cristina le hubiese sucedido algo malo, prosiguió su camino, y entró en el camarín, en el que no encontró a nadie.

—¿Dónde estará Cristina?—preguntó con ansiedad.

Oyéronse pasos en el pasillo. Raúl se ocultó detrás de un portier. Entró Cristina. Estaba asombrada por lo que acababa de ver. Indiscutiblemen-

te, el Fantasma tenía un poder inmenso, incombatible. ¡Qué espanto!

Raúl esperaba, esperando asistir a la aparición de su rival; y, en efecto, oyó, por segunda vez, la voz de aquel misterioso ser, que ordenaba y suplicaba a Cristina.

—Yo te protejo. Nada temas. Nadie puede causarte daño estando yo a tu lado.

—¡Oh, maestro! Os espero.



—Yo te protejo. Nada temas. Nadie puede causarte daño estando yo a tu lado.

El espejo de luna colgando junto a la pared, giró rápidamente al pronunciar Cristina aquellas palabras, y una mano se apoderó de ella, desapareciendo por la abertura y corrándose de nuevo la misteriosa puerta disimulada por el espejo.

Raúl no tuvo tiempo de evitar que Cristina desapareciese, y sobreponiéndose a la extraordinaria sorpresa que ello le produjo, por la aceleración con

que fué ejecutado, golpeó fuertemente el espejo, buscando el resorte que pudiese hacerla girar para correr en auxilio de la bienamada, aunque tuviera que luchar con mil dragones de fuego.

Entretanto, Cristina se encontraba detrás del muro de su camarín, en una parte del foso muy oscuro. El Fantasma se acercó cautelosamente a ella, y cuando se le puso delante, para besar su linda mano con pasión, Cristina ahogó un grito de miedo.

—¡Oh!

—Soy yo, tu maestro. Sígueme.

Cristina no apartaba su vista del rostro del Fantasma, y obedecía maquinalmente, descendiendo lentamente, uno por uno, los escalones de acceso al foso inmediato inferior.

El Fantasma la trataba con suavidades de colegial, como si llevase de la mano a la Musa de la Juventud, pero como Cristina se mostraba temerosa, le dijo dulcemente:

—¿Te extraña mi máscara?... No te fijas en ella y piensa en mi arte... Reconcéntrate en mí, que he sabido inyectarte la melodía de un Ángel.

Fascinada por su voz, y seducida por las palabras de aquel que ella creía su Ángel de la Música, Cristina se dejó llevar por la penumbra del lúgubre subterráneo, en una de cuyas salidas había dispuesto el Fantasma un caballo, en el que depositó a la asombrada doncella. Y en la silenciosa bóveda, la sombra espectral del cuadrúpedo dejó oír sus pisadas, que el eco repetía terriblemente sonoras.

Anduvieron largo trecho, hasta llegar a la última defensa de la guarida del Fantasma: un lago profundo, formado por las filtraciones del Sena. Una barca estaba allí, engalanada para recibir en su seno a la hermosa.

Cristina no se resistía a obedecer. Obraba impulsada por un poder extraño...

La embarcación surcó las aguas... Semejante a Caronte, el barquero que transportaba las almas al reino de la Eternidad, el Fantasma llevaba a Cristina hacia un reino desconocido para ella.

No tardaron en llegar al retiro del que para Cristina era el Ángel de la Música.

El Fantasma invitó a la amada a entrar en él.

—Penetra en la mansión del silencio... En ella sólo imperará tu voz.

VI

—Te he traído aquí, a mi casa... Cinco fosos nos separan del mundo—explicó el Fantasma a Cristina, que poseía su vista por todas partes con indefinible sorpresa.

—Yo quisiera explicarte, dando a mis palabras



Cristina no apartaba su vista del rostro del Fantasma, y obedecía maquinalmente...

la sonoridad de un verso, todo el amor que me inspiras—continuó el Fantasma, sin que se viera el movimiento de sus labios, pues la careta que cubría su rostro hasta la nariz tenía un velo hasta el mentón—. Durante un tiempo interminable, revolotándome en mi pasión, he esperado este momento de ansiedad, de súplica, pidiéndote tu amor, que

es para mí el afán de vivir. Vea. Voy a enseñarte mi morada. Ese es mi dormitorio.

Cristina se hizo instintivamente atrás. Detrás de unas cortinas negras había un niño y dos niñas ardiendo a su cabecera. El resto del dormitorio era una serie de cortinas negras.

—Ese cómodo lecho me impide soñar... Su sueño en él viene a ser parecido al sueño eterno que alivia todos los males.

Cristina recordó lo que se decía en la Opera acerca del Fantasma, y con los ojos desorbitados, acusó al que ella tomara por el Ángel de la Música:

—¡Oh! ¡Qué horror! ¡Usted me ha engañado!... ¡No es el Ángel de la Música!... ¡Es el Fantasma!

—Tú lo has dicho... ¡Sí! El Fantasma. El odio de los hombres, negándome el derecho a la vida, me ha convertido en eso. Mi espíritu martirizado, destruido por la maldición y el desprecio, sólo espera la salvación en tu amor. El mundo me conocía con el nombre de Erik... Once años me refugié en estos fosos, y desde aquel día dejé de ser hombre, para transfigurarme en una leyenda trágica.

—El Fantasma!... ¡Dios mío!... ¡Salvadme!— exclamó Cristina, desvaneciéndose muerta de miedo.

Erik cogió tiernamente el delicado cuerpo de la artista, y lo fue a depositar en el lecho que preparara para ella y que era digno de la más hermosa de las reinas del mundo.

A la mañana siguiente, los periódicos publicaban la siguiente noticia:

OTRA ECCHORIA DEL FANTASMA

DESAPARICIÓN DE LA TIPLA CRISTINA DÅG

Durante el pávido que reinaba anoche en la Opera, la segunda tiple, Cristina Dåg, desapareció misteriosamente de su camarín.

Periódico en mano, Raúl, que fracasara en todos sus intentos de abrirse paso a través del muro, como lo hiciera el que se llevara a Cristina, presentóse ante el Prefecto de Policía, y furioso, en vista de que no daban crédito a su declaración, se expresó en términos violentos:

—La policía debe ser la más interesada en descubrir el misterio, capturando al criminal. La tiple desapareció por la pared de su camarín. Si usted

no me presta auxilio, iré a buscarla solo, aunque me cueste la vida.

—La policía sabe lo que debe hacer, señor... y se está ocupando del asunto. No le puedo decir más.

—Es como no decir nada.

El Prefecto se ponía nervioso. Raúl ya lo estaba, y fue milagro que la cosa no pasara a mayor enrambo.

La noche había pasado, para Cristina, envuelta en horribles visiones, en las cuales, figuras disparatadas y caprichosas se burlaban de ella, extenuando mayormente su exaltado espíritu.

Al despertar creía estar soñando aún. La riqueza de su cámara, los detalles de buen gusto que se acusaban en todas partes, le parecían cosa irreal. A los pies del lecho, varios pares de zapatillas, a cual más vistosas, se ofrecían a calzarla. No faltaba nada en el vestuario, y todo ello de un valor incalculable. Además, encima de la cama había una carta. Cristina la leyó con suma curiosidad. Decía lo siguiente:

Querida Cristina:

No puedes considerarte en peligro, mientras tu curiosidad no tenga la osadía de arrancarme la máscara que cubre mi rostro. Recórrasla la libertad tan pronto como tu amor corresponda al que por ti siento.

Erik.

El Fantasma, embargado por la dicha que le producía el tener a Cristina en sus dominios, sentóse al piano, y sus manos arrancaron a las notas todo su vibrante poder.

A los acordes de las sentimentales notas, lanzadas al espacio en el torbellino de una marcha triunfal, Cristina sintió revivir la llama genial de otras veces, y sus pasos lentos caminaron hacia él. Acercóse al piano, y leyó en el pentagrama: "El Triunfo de Don Juan". El Fantasma dibujó debajo de su careta una sonrisa de felicidad, y dijo a la bella criatura:

—Este canto triunfal me hablaba siempre de ti... de este día venturoso en que tu aliento se cruzara con el mío... Fíjate en el sentido doloroso de estas notas... Son el reflejo fiel de un alma que sufre.

Una idea peligrosa atravesó la mente de Cris-

luna: ¿Qué rostro tenía aquel hombre que sabía llegar al alma? Quería saberlo. Olvidóse de la advertencia de no arrancarle la máscara, en su afán de satisfacer su curiosidad. ¿Sería digno el rostro del alma?

Intentó una vez su propósito en vano, y viólo cumplido a la segunda tentativa. ¡Jamás lo olvidó! El Fantasma lanzó un rugido, como león herido en sus entrañas, y echó hacia atrás su cuerpo, como si quisiera ofrecerse a la muerte! Cristina gritaba, con síntomas de demencia, temblando aterrorizada. La visión del rostro del Fantasma era horrorosa, repugnante. ¡Una cabeza de monstruo en un cuerpo de hombre!

Cristina comprendió entonces cuán grande había sido su alevinamiento y el castigo que por él merecía.

El Fantasma, reponiéndose de su espasmo, censuró iracundo a Cristina su osadía:

— ¡Mírame bien... gómate en esta fealdad cruel y maldita, que desde mi nacimiento heyo como un estigma! ¡Ah, mujer loca!... ¡No quisiste guardar el misterioso encanto que tapaba mi rostro monstruoso!

— ¡Piedad! ¡Piedad! Le prometo ser su esclava... reponerle a todo lo mundano... pero déjeme ir... déjeme ir...

Las súplicas de la amada mujer ablandaron el alma del Fantasma, cuyos ojos se humedecieron, y respondió:

— ¡Quizá no comprendes la grandiosidad y sacrificio de mi amor para atravesar el tuyo!... ¡Quiero mostrártelo!... Vuelve al mundo y yo haré que cantes en la Ópera una vez más.

— ¡Oh, sí, sí!

— Pero acuérdate que eres mía, y recuerda bien que a tu novio no lo verás jamás.

— ¡Lo juro!... ¡Lo juro!

— Pues bien, vamos.

VII

Cuando en el pensamiento de Raúl se forjaban planes e indagaciones, éste recibió una carta de Cristina.

Aunque he dado mi palabra de no verte jamás, me es imposible cumplirla. Estaré en el baile de

máscaras de la Ópera, mañana noche.

Cristina,

— ¡Reaparecida! — clamó triunfalmente el Vizconde. — ¡Qué larga espera hasta mañana!

Una noche al año, París rinde tributo al carnaval en el espléndido baile de máscaras de la Gran Ópera.

Mientras los *pierrrots* y *colombinas* se perseguían locamente, la figura espectral de una máscara roja paralizaba toda acción y hacía caer sobre ella todas las miradas. Al aparecer en el primer piso, donde el tramoyista Pepillion se divertía con algunas coristas que tomaban parte en la fiesta, para divertirse a sí propias, las muchachas se sobre-cogieron de espanto, varias de ellas, en su precipitación por huir, cayeron al suelo, y Pepillion, que se ensayaba con la espada que llevaba en el cinto del disfraz, se encomendó a su Santo, como otras veces.

Al llegar al pie de la escalera central, dirigióse a todas las máscaras allí reunidas y a las que le fueron siguiendo, y les dijo:

— Bajo vuestros pies danzarines están las sepulturas de hombres que murieron en la tortura. La muerte roja censura vuestra profanación.

Entre las máscaras que escuchaban al Fantasma, pues lo era, se contaban Cristina y Raúl. Se habían quitado la careta.

— Esa voz es la misma que oí en tu camerín! — dijo el Vizconde a la tipa.

— ¡Oh! Ocúltémonos... Presumo que esa máscara sea el Fantasma, y si nos viera juntos... — murmuró, amedrentada, la doncella.

El Fantasma los había visto apoyados en la barandilla del primer piso, y pisando de nuevo a la máscara que hacía de bufón y que pretendiera rofarse de él, derribándola al suelo, echó a correr en dirección a los fugitivos para cerciorarse de a dónde se dirigían.

El Fantasma atravesó de nuevo el piso en que se hallaban Pepillion y algunas coristas, promoviendo otro escándalo al verle éstos reaparecer.

Cristina y el Vizconde subieron a los pisos altos de la Ópera, y se destruyeron en el sótano, para comprobar si el Fantasma los seguía. En sus semblantes se plataba la preocupación. El Fantasma

los había descubierto, pero acababa de ocultarse a través de los muros, previendo dónde se escondían los dos enamorados.

—Vámonos arriba—dijo Cristina a Raúl.

Subieron subiendo, y pronto encontráronse en la terraza del Gran Teatro.

—¿Podrá escucharnos alguien?—susurró Cristina, acogiéndose a la protección de Raúl.

—No... Nadie... Habla sin temor... Cuéntame todo lo relativo a tu misteriosa desaparición.

—Cuando tú me viste desaparecer de mi camarín, al girar el espejo del muro, fué el Fantasma quien me empujó. Me llevó a su casa, a través de los fosos... Lo he tenido frente a frente mirándome con sus ojos de muerto, recibiendo su olor fétido... ¡Tú no sabes qué horas pasó!... Tiene una cara monstruosa, horrible... Debe ser un engendro del mal... ¡Oh, Raúl! Necesito que tú me salves de ese Fantasma...

—¿Por qué tiembles, alma mía, estando yo a tu lado?

—No sé... no sé... Mira... A causa, sin duda, del poder extraño de ese Fantasma, Carlos no volverá a cantar... Mañana he de ocupar yo su puesto en *Fausto*. Después, quiero que me lleves lejos... muy lejos, ¿oyes?

—Convenido. Te esperaré en la puerta del escenario, y de allí marcharemos juntos a Inglaterra.

Cristina, más tranquila, echó los brazos al cuello de Raúl, y se estrechó contra su pecho, ilusionada, amándole más que nunca.

Encaramado en la cúpula del Gran Teatro, el Fantasma, la máscara roja, espía. Ante la evidencia de la infidelidad de Cristina, que le prometiera ser suya, lanzó un lamento en el que se fundían todo su dolor y toda su cólera:

—¡Perjura!... ¡Me ha traicionado!!

Y su capa roja, color de sangre vigorosa, flameando al viento, fué el símbolo de la llama de celos que lo destrazaba su alma.

Cristina derrochaba ternura junto al amado.

—Desechadas las sugerencias que aprisionaban mi cerebro, percibo el suave encanto de tu amor, y comprendo todo el que siento por ti.

—¡Encanto mío!

Poco después, se dispusieron a regresar al salón

de fiesta. En la escalera se tropezaron con el Perra. Detuviéronse, desconcertados. Raúl le miró con la misma interrogación de otras veces, y al ir a proseguir su camino, aquél les dijo, indicándoles la dirección que debían tomar:

—Por aquí, no... por ahí...

Obedecieron como autómatas, y el Perra desapareció por el camino que ellos iban a tomar, y que conducía a los fosos. Las coristas y Pepillion vieron al Perra, y a una murmuraron:

—¡Ese es el Fantasma!—y huyeron desprovistos en todas direcciones.

VIII

De nuevo el Perra visitó al Prefecto de Policía, y en las oficinas le enseñó la siguiente nota:

ERIK

Nació durante los motines y matanzas de los Bulevares.

Aprendió música y es maestro en las ciencias ocultas. Desterrado a la isla del Diablo, como criminal loco.

Se escapó y no se sabe su paradero.

—Esta filiación, señor Prefecto, pertenece al Fantasma de la Ópera.

—Esta noticia es muy interesante, señor, porque nos demuestra que el tal Fantasma es un hombre de carne y huesos que se esconde en la Ópera. La policía no cesará hasta desenmarañar este escurrido asunto.

Pero la policía seguía inactiva...

A las nueve en punto de la noche del día siguiente, un coche paraba frente a la puerta de la Ópera, por la parte de la rotunda. De él se apeó el Fantasma, con su careta habitual, emborizado hasta los ojos.

—Espere en la puerta de la fachada del Oeste—dijo al cochero. Y desapareció.

En tanto, en el escenario, inconscientemente, sin presumir los acontecimientos extraños de aquella noche, las bailarinas, encantadoras en su delicado atuendo, saltaban y mariposeaban al compás de los balules del *Fausto*.

La farsa revivía en la escena. El viejo alquimista cantó: "Prestadme vuestro auxilio, poderes infernales". Triunfaba de pleno la tiple.

Al final del primer acto, Raúl se reunió con Cristina en su camarín. La encontró muy agitada.

—¿Qué acontece?—preguntóle.

—¡Raúl! He vuelto a oír su voz, que penetra en mí como una daga... Conoce todos nuestros planes, ¡Sálvame de su poder infernal!

—Mi coche espera en la puerta... Una vez haya terminado la representación, partiremos en él.

Entróse la tiple, y mientras la fantasía señadora de Cristina se remontaba a las regiones del amor, Raúl recogía sus lágrimas y, como si fuesen pétalos de rosas sagradas, las depositaba en sus labios.

En uno de los fosos, Pepillon descubría, con indefinible espanto, con algunas coristas, el cadáver de José Buquet suspendido en el aire. Huyeron de allí todos, como pudieran, pálidos como el mismo muerto.

—El Fantasma ha hecho otra víctima!—clama ba el tramoyista a todas las voces.

Se arremolinaron todas las coristas y los empleados, entre ellas el hermano del asesinado.

Venid—les dijo Pepillon—. ¡Ahí!!

—¿Dónde?... ¡Aquí no se ve a nadie suspendido!

—¿Que no?... ¡Pues es verdad!—exclamó Pepillon.

Huyeron de nuevo, más espantadas que nunca, las coristas, y los hombres, al dar unos pasos más, hacia la izquierda, encontraron a José tendido en el suelo, con la cuerda con que fué estrangulado, a sus pies.

—¡Maldición!—gritó Simón Buquet— ¡La víctima es mi pobre hermano José!... ¡Sabía demandada del Fantasma!

Recogió la cuerda homicida.

—Mirad el arma que usó ese estrangulador!

—¿Qué horrible! ¿Qué horrible!

—¡Juro vengarme de ese Fantasma, aunque se escondan en los infiernos!—rugió Simón, rojo de deseos de exterminar al causante de la muerte de su hermano.

Antes de que la horrenda noticia pudiera poner en guardia a Cristina, que volvía a salir a escena, ocurrió un hecho insospechado. Se apagaron las luces del teatro, y al encenderse de nuevo, la tiple había desaparecido.

Raúl se precipitó al camarín de la artista, y otra vez se cruzó en su camino el Perra.

—Si usted cumple mis instrucciones al pie de la letra, puedo ser un ayudante muy eficaz para encontrar a Cristina—dijo el segundo al Visconde.

—¿Pero quién es usted que tanto se interesa por nosotros?—inquirió Raúl.

Soy Ledoux, de la policía secreta, y llevo tres años procurando descubrir a este Fantasma.

—¡Ah! ¿Es usted un policía?... ¡Pues, aceptado!

Después de varias averiguaciones, he podido calcular que su escondrijo se encuentra en las pro-



En uno de los fosos, Pepillon descubría, con indefinible espanto, con algunas coristas, el cadáver de José Buquet...

fundidades de estos fosos, donde él estuvo encerrado en tiempos de la Revolución.

—Yo vi desaparecer a Cristina detrás de este espejo—contestó Raúl señalándole el lugar por donde vió salir a la artista—. Debe tener un resorte, pero jamás puede encontrarle.

El Perra buscó dicho resorte, y después de varios esfuerzos, sintió que una tableta de ornamentación cedía al impulso de sus dedos.

—¡Ya está abierto el paso!

Pronto se encontraron en ignorados pasadizos. Se alumbraron con una linterna de mano.

—No deje de llevar el brazo levantado—aconsejó el policía a Raúl—. Así impedirá que el luzo estrangulador que usa ese Fantasma, llegue a su cuello.

Siguieron cruzando sombras. El Visconde se alivió de la advertencia del Persa, y éste, con singular temor, la repitió:

—El brazo alto!... Es cuestión de vida o de muerte.

Llegaron a un sitio menos lúgubre que los demás, y el Persa se puso a buscar algo en la pared. Lo encontró, y abrióse al momento una trampa.

—El haber hecho este descubrimiento costó la vida a José Buquet—dijo a Raúl.

Entretanto, el hermano de éste, el conde de Chagny, que había asistido a la representación de *Fausto* teniendo por la vida de su hermano, obraba por cuenta propia en la busca del Fantasma, para capturarlo, y pronto se perdió entre las sombras de lo desconocido, sin sospechar el peligro que corría.

IX

El Fantasma había regresado, con Cristina, a su mansión del silencio, y al recobrar ella el conocimiento, le recriminó su falsedad.

—Pensabas engañar tan fácilmente a Erik? Has despreciado por otro hombre al espíritu que te inspiró, al espíritu que sólo anheló, hasta conseguirlo, elevarte hacia la gloria. Mi alma está desposeída de toda bondad... Ahora impongo, mando, exijo. Esta vida de apuesto ha terminado para mí. Tengo necesidad de tu amor, y lo quiero.

—Oh, no, no! ¡Piedad! ¡Piedad!

—La tuviste tú de mí?

Raúl y el Persa seguían adelante. De pronto se abrió una trampa y cayeron en un extraño recinto.

—¿Qué es esto?—dijo Raúl, viéndose reflejado en todas partes.

—Sí... Esto es... Hemos caído en la cámara de los espejos... Una antigua sala de tortura—contestó el Persa, malhumorado.

El Fantasma proseguía, acercando más y más su repugnante rostro a Cristina:

—Mi condición humana me da derecho a poseer lo que todos tienen: la felicidad, el amor... Mi felicidad eres tú... Tú también el amor.

El conde de Chagny se aproximaba a la guardia del Fantasma; pero un resorte anunció su presencia en aquellos parajes, y Erik, sin entretenerse a reflexionar, cogió un canuto y dijo a Cristina:

—Me parece que tenemos visita... ¡Desgraciado de quien se atreva a interrumpir el misterio de mi vida!

Asomóse a la entrada de su refugio. Se oía distintamente el rumor de las aguas agitadas por la barca en que se deslizaba por el lago el conde de Chagny llamando a gritos a su hermano, al que creía por allí...

Era costumbre en el Fantasma el desahucarse de quien osaba internarse en el lago, introduciéndose en el agua valiéndose de un tubo, que al mismo tiempo que le servía para respirar, dejaba la estela de una canción muy parecida a un salmo funeral.

El conde de Chagny sacudió como otros pecumbleran, abogado por las férreas manos del Fantasma, que después de volcar la embarcación, luchaba a brazo partido con sus enemigos, sumergiéndolos para siempre en el mudo y líquido testigo de sus crímenes.

Cometida su nueva fechoría, Erik salió a fiote junto a su refugio, con la satisfacción del deber cumplido.

Raúl, desesperado ante su impotencia y la del Persa por salir de la trampa en que habían caído, pronunció el nombre de Cristina, por si ella pudiera acudir en su auxilio.

—¡Cristina!... ¡Cristina!... ¿Puedes oírme?

Ella le oyó, y a su nombre pronunciado por la voz querida, surgió en su ánimo un hábito de esperanza.

—Trata de encontrar una puerta que comunique con nosotros—siguió gritando Raúl—. ¡Procura encontrar unas llaves!

Cristina buscó el paquete de llaves que el Fantasma colgaba en un rincón de la pared, cerca de la entrada, mas fué descubierta, a pesar de que Erik, sentándose al piano para arrancar a sus notas diurnas melodías con que cautivar a la amada,

no parecía estar atento a nada más que a su divino arte.

—¿Qué haces, Cristina?... Dame las llaves de la vida y de la muerte... Tú no sabes usarlas.

Raúl seguía gritando. El Fantasma le oyó.

—¿Has oído? — dijo irónicamente — Es posible que tengamos nuevas vistas.

El Fantasma aproximóse a la pared, abrió una mirilla, y vio en el fondo, en la sala de los espejos, a Raúl y al Persa.

—¡Ah! Son ellos...

Maneó un resorte, y una ráfaga de calor invadió la sala de los espejos, trayendo envuelta la más espantosa de las torturas.

Raúl y el Persa se quitaron sus vestidas, ahogándose por momentos. La tierra parecía hervir.

—¡Oh! ¡Esto es terrible! — exclamó Cristina empujando compasión al Fantasma.

—¡Estúpidos! — dijo éste, gozándose en su triunfo — ¡Han creído ganar a Erik en astucia!

Mientras, cerca de la Ópera, las turbas capitaneadas por Simón Duquet, obreros de venganza, se lanzaban a la captura del Fantasma — cuya guardia había deshecho momentos antes aquí —, formando un torbellino humano.

Raúl y el Persa, escurriendo la tierra en su afán de encontrar un orificio por donde entrase un poco de aire frío, encontraron una trampa, y al accionarla cayeron en otro foso, donde estaba almacenada gran cantidad de pólvora.

El Fantasma lanzó unas extrañas sátánicas, como alaridos de muerte.

—¡Por favor, sálvese! — gritaba Cristina.

—La salvación de ellos está en tus manos — repuso Erik —. ¿Quieres ser mi esposa, o prefieres presenciar la muerte de tu enamorado?

El dilema era angustioso.

X

—Ven — dijo el Fantasma a la codiciada mujer.

Ella llevó ante un arca. Levantó la tapa. Aparecieron dos manecillas, representando, una de ellas, un escorpión, y un cigarrón la otra.

—Si das vuelta al escorpión, has dado tu consentimiento y salvado a Raúl. Si, por el contrario,

coges el cigarrón, todos mortecinos destruidos por una tremenda explosión.

Cristina titubeó... mas, al fin, su mano habló por su corazón, y dió vuelta a la manecilla de la vida.

Inundóse inmediatamente el cuarto de la pólvora. Raúl y el Persa creían llegada su última hora, mas he aquí que se abrieron dos losas del recinto del Fantasma, y aparecieron sanos y salvos ante éste y Cristina.

El primer impulso de la tiple, olvidando su condición de casarse con Erik, fué arrojarse en los brazos de Raúl, ayudándole a recobrase a fuerza de caricias.

El Fantasma comprendía que jamás el corazón de Cristina sería suyo, y la ira hacía terribles estragos en él. Las tres estaban a su merced. Podía mandarles a la muerte.

De pronto las manecillas frías y monótonas del resorte colocado en la mancha del silencio, anunciaron de nuevo la presencia de alguien en el lugar, seco en aquella parte a consecuencia de la inundación de la cámara de la pólvora.

Erik no esperaba la invasión de las turbas capitaneadas por Simón, y ante su impotencia contra todos, apoderóse de Cristina y huyó rápidamente.

Los músculos de Raúl reaccionaron a la sacudida de su alma, donde se cristallizaba el peligro que se cernía sobre la mujer amada, y con el Persa, que recobró también sus ánimos, se unió a las turbas.

Entraron en el dormitorio del Fantasma.

—¿Dónde está ese bandido? — rugió Simón, deteniéndose ante el ático donde solía dormir Erik.

—Ese hombre es amigo de la muerte — decía el Persa a Raúl —, y él mismo se hizo construir su féretro. ¿Existe un caso de más patente locura?

—Ese hombre caerá en mis manos, vivo o muerto, y no quedará de él ni rastro — prosiguió Simón —. ¡No nos detengamos más!

Las turbas salieron de la Ópera. A pocas metros de ellos vieron al Fantasma derribando a un cochero del pescante de su vehículo, y después de meter a Cristina en el coche, cogió las riendas y restalló el látigo enérgicamente sobre la cabeza de los caballos, para ponerlos al galope.

Volando en el espacio de la noche, el rostro cadavérico de Erik parecía un espíritu que acudiera tarde a un aquelarre.

Era tal la marcha del vehículo que, al intentar un viraje, voló.

Raúl protegió con su cuerpo el de Cristina, mientras el pueblo amotinado perseguía con afán de exterminio al Fantasma, que huía hacia el Sena.

Al llegar a la orilla del río, Erik, desafiando con una mirada terrible a sus adversarios, los detuvo con una amenaza, levantando el brazo, como si se dispusiera a arrojar algo sobre ellos:

— ¡Hombres inmundos!... ¡Si dais un paso más!...

Pero, desalentado, cansado de vivir, dejó caer su brazo, cuya mano no sostenía nada, y las turbas se echaron sobre él con feroces instintos de venganza, mutilando al Fantasma y arrojando luego su sangriento cuerpo al agua.

¡El juramento de Simón Raquet quedaba cumplido!

Ya las cortinas de la Ópera no se asustarían todas las noches... ni Pepillon tendría que encomendarse a su caro San Florencio.

Y Raoul y Cristina, unidos por el más fuerte de los amores, podrían ser dichosos...

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCION
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

PARA CORRESPONDER

al favor que nos dispensan nuestros amables lectores, hemos concedido un arreglo con la casa editora: LA NOVELA CINEMA, DISTRIBUIDORA, para publicar el argumento de la grandiosa película

EL FANTASMA DE LA OPERA

el cual aparece hoy en este número, aprovechando la circunstancia de su proyección en los aristocráticos salones Kursaal y Cataluna, de Barcelona.

PROXIMO NUMERO

La novela que anunciamos en nuestro número anterior, o sea:

¡MADRE AMANTISIMA!

Adaptación de la obra dramática de Paul Hervieu.

Magnifico asunto.

Postal regala.-Gustavo Serena

40 fotografías

32 páginas

Precio: 30 cts.

SU REVISTA PREFERIDA

PUBLIC - CINEMA



PIDA VD. EN TODOS LOS KIOSCOS Y LIBRERIAS

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

BIOGRAFIA DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

SALE TODOS LOS JUEVES